
EDITORIAL

Formar a los docentes es una tarea de la modernidad. El mundo antiguo se preocupó por formar pensadores, intelectuales, sacerdotes y nobles; no especialmente docentes. Los maestros, que no necesariamente docentes a la moderna, surgían de la práctica gremial cuando los sujetos se distinguían por lo que ahora llamamos "calidad" de sus resultados. Las universidades medievales se preocuparon por el proceso de "búsqueda de la verdad" y el pensamiento formal necesario para tan difícil labor. Los catedráticos universitarios lo eran por su capacidad de explicar problemas y resolver las dudas, no por su capacidad de enseñar según hoy lo significamos. De algún modo se privilegiaba la sabiduría.

Formar docentes también es una tarea cultural. El mundo moderno pide engrandecer el conocimiento, incluso crearlo nuevo. Es un mundo no contento con las explicaciones anteriores, insuficientes para crecer todos, para multiplicar y dominar los campos que la humanidad abre con el malestar de la cultura y las nuevas cualidades concomitantes. Ni siquiera el mundo indígena, con su obsesivo respeto por los ancianos y su saber, fue y es ahora capaz de forjar las nuevas cualidades necesarias al conocimiento humano, para ver hoy sobre las novísimas fuerzas desatadas con la conquista científica y filosófica de los viejos horizontes tan alejados como deseados de los antiguos: salud, saber, gobierno, transporte, rapidez, dominio de la naturaleza, riqueza, comunicación, libertad.

El germen de novedad y esperanza contenido en toda cultura sólo puede ser arropado y hecho germinar cuando se comprende la necesidad de morir a los viejos esquemas y renacer, quizá con las mismas preguntas, en un mundo nuevo, increíble pero también incrédulo. Esta es una moción fundante de la educación y sin embargo, no siempre fue cabalmente comprendida y resuelta por los pueblos. De ahí la aparición o desaparición de pueblos y culturas enteras. Es así porque esa moción confronta lo aprendido y dominado; compele hacia lo desconocido y reta a seguridades y certezas; preferir éstas lleva a la muerte cultural.

La modernidad trata de arropar aquél germen de refundación cultural con la educación formal. La ciencia y la técnica hacia allá la ha impelido. Hacer del docente un profesional de la renovación cultural es la meta a lograr, más cuando la racionalidad técnica, tan poderosa en el siglo, le promete al hombre moderno resultados y éxitos con sólo pulsar la herramienta de la formalidad escolar. Y la realidad se resiste. La observación tesonera de quien escudriña la escuela formal, los maestros-docentes de la modernidad y especialmente la promesa

encarnada en la formación formal de esos docentes; nos hace ver promesas incumplidas e inculpables y, por fortuna, también nuevas luces y caminos.

Sinéctica quiere ofrecer a sus lectores un asomo a la situación actual del campo de la formación de docentes. Para conseguirlo convocamos a un grupo de investigadores reconocidos y les pedimos su visión. El contenido principal de este número 17 es el resultado de nuestra invitación. Y el lector podrá comprobar con la lectura, la amplitud del campo y las muy diversas y prometedoras entradas al mismo: Riqueza de plataformas teóricas y epistémicas. Diversidad de resultados. Complejidad de realidades mistificadas y renuentes al escrutinio. Prometedoras luces para rehacer la mirada. Desde luego, obvio, no están representadas todas las discusiones; es apenas un asomo para tomar el pulso a una pregunta y una inquietud en un campo que seguramente habrá de agitarse mucho más al renovarse el siglo.

Al agradecer las comparecencias de nuestros autores, nos prometemos un siguiente y pronto asomo a la formación de docentes, tarea de la modernidad, para completar la panorámica con otros puntos de vista, recoger las discusiones en curso y abonar a la imperiosa necesidad de renovación de las prácticas aquí aludidas.

Miguel Bazdresch Parada